

ADVIENTO

Domingo 1 de Adviento

Primera lectura: Jeremías 33,14-16

Suscitaré a David un vástago legítimo.

Al profeta Jeremías le tocó vivir el trágico periodo en el que se preparó y consumó la ruina del reino de Judá. La caída de Jerusalén en el año 587/6 aC y el exilio a Babilonia confirmaron la autenticidad de sus oráculos.

Nuestra lectura forma parte de Jr 32–35, que algunos consideran un añadido al «Libro de la consolación» (Jr 30–31), porque contiene el anuncio de salvación para los judíos que no habían sido deportados el año 597. Jeremías está en la cárcel por anunciar la venida victoriosa de Nabucodonosor y predicar la sumisión pacífica a Babilonia. Su mensaje es claro: aunque el desastre es irremediable, pues Jerusalén ya está sitiada un año antes de su destrucción, todavía hay lugar para la esperanza.

Nuestro texto es un oráculo de salvación. Por un lado, Jeremías anuncia la irrupción imprevista de un nuevo soberano; por otro, evoca la esperanza de un pueblo que ansía el «derecho» y la «justicia», dones que desde siempre le han sido negados. Para expresar aquello que debe venir el profeta utiliza dos símbolos muy significativos: el vástago y el nombre. El primer símbolo es tradicional en el ámbito de la teología mesiánica y sugiere un inicio total y gratuito de parte de Dios. Jeremías reitera por segunda vez (cf. 23,5-6) la antigua promesa de un vástago glorioso que hizo el Señor a David por medio del profeta Natán. Del tronco reseco de la dinastía davídica, Dios hará germinar el milagro de la esperanza y la salvación. El segundo símbolo, muy frecuente en la Biblia, consiste en el nombre que el nuevo soberano y su ciudad recibirán: «Señor-nuestra-justicia». Al final, este pueblo cansado y sufriente alcanzará «el derecho y la justicia» que tanto deseaba, es decir, la salvación.

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 3,12–4,2

Que el Señor os fortalezca interiormente, para cuando Jesús vuelva.

En la primera carta a los Tesalonicenses, el primer documento escrito del cristianismo (50/1 dC), Pablo propone reflexiones y aclara dudas en torno a la última venida del Señor, un tema fundamental para los convertidos en las primeras misiones del apóstol que vivían este momento con gran tensión e impaciencia. Se imaginaban que de un momento a otro iba a aparecer el Señor para cambiar todas las cosas e instaurar los cielos nuevos y la tierra nueva.

El breve inciso que leemos está a caballo entre la primera (1,1-3,13) y la segunda parte de la carta (4,1-5,22). De hecho está formado por los últimos dos versículos de la primera parte (3,12-13) y los dos primeros de la segunda (4,1-2). Pablo recuerda a los cristianos de Tesalónica que, cuando venga Cristo, nos juzgará en el amor o caridad fraterna antes de aceptarnos en su Reino. Así pues, el comportamiento que hay que adoptar ante la venida del Señor no tiene nada que ver con la angustia, la ansiedad o la agitación sino con el amor («amor mutuo», «amor a todos») y la santidad («santos e irrepreensibles»). Solo así nuestras vidas serán agradables al Señor.

Evangelio: Lucas 21,25-28.34-36

Se acerca vuestra liberación.

El nuevo ciclo litúrgico empieza con la lectura del tercer evangelio. Como los otros evangelios sinópticos (Mc 13 y Mt 24-25), Lucas concluye la predicación de Jesús en Jerusalén con un discurso o sermón escatológico, que algunos consideran el capítulo más oscuro y difícil del evangelio. Con la palabra «escatología» se designa la consideración religiosa de la historia del mundo en la perspectiva de su término final. Así pues, el discurso escatológico es un discurso acerca de los acontecimientos del fin. El leccionario no nos propone la lectura del entero discurso (Lc 21,5-38) sino de dos fragmentos de la última parte del mismo (vv. 25-28 y vv. 34-36), de los que destacamos las ideas más importantes.

La conmoción del universo (vv. 25-26). El encuentro con Cristo o Parusía es motivo de angustia para aquellos que están en actitud negativa ante Dios. Lucas describe este sentimiento de forma plástica mediante un cataclismo universal.

La venida del Hijo del Hombre (v. 27). Lucas describe la venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos con un lenguaje apocalíptico que se inspira en el capítulo 7 del libro de Daniel, más exactamente en la visión del Hijo del Hombre, un personaje misterioso y simbólico que representa a Dios en figura humana y con rasgos maravillosos. En el evangelio ese Hijo del hombre humano y divino se identifica con Cristo.

El gozo de los elegidos (v. 28). Ante los signos que anuncian la proximidad de Cristo, los que se mantendrán fieles al evangelio no han de sentir miedo sino la alegría del oprimido cuando ve que su liberación se acerca.

La actitud de la vigilancia (vv. 34-36). Lucas indica algunos de los vicios propios del paganismo que amenazaban corromper el corazón de los fieles a la vez que les exhorta a ser vigilantes en la oración. Así es como hay que prepararse para la venida de Cristo.

Domingo 2 de Adviento

Primera lectura: Baruc 5,1-9

Dios mostrará su esplendor sobre ti.

El libro de Baruc, escrito probablemente a finales del siglo III o a inicios del siglo II aC por un judío anónimo, ha sido atribuido al famoso secretario del profeta Jeremías (siglo IV aC). Ambientado ficticiamente durante el exilio en la que se suele llamar «introducción histórica» (1,1-14), el libro contiene una súplica penitencial de los desterrados (1,15-3,8), una exhortación a buscar la Sabiduría (3,9-4,4) y un oráculo de salvación/restauración (4,5-5,9), del que está sacado nuestro fragmento. Ba 4,5-5,9 constituye, pues, la última sección del libro y por tanto su conclusión.

Este oráculo de salvación/restauración es la respuesta a la confesión del pecado y súplica de perdón de los exiliados (1,15-3,8). El tono de todo el oráculo está marcado por la exhortación a retomar ánimo ya sea en labios del profeta o de la misma Jerusalén. Según los discursos y sus interlocutores, podemos distinguir en el texto tres secciones: a) el anuncio de salvación de parte del profeta dirigido a su pueblo (4,5-9a); b) el discurso de Jerusalén dirigido a sus vecinas e hijos desterrados (4,9b-29); y c) la exhortación del profeta dirigida a Jerusalén (4,30-5,9). En estas tres secciones aparece Jerusalén, personificada como madre y viuda inocente que intercede ante el Señor en favor de sus hijos, una imagen original que no se encuentra en los profetas.

En nuestro fragmento (5,1-6), las súplicas de Jerusalén alcanzan el favor del Altísimo, que la consuela devolviéndole la alegría y el esplendor. Por medio de esta imagen tan entrañable, el autor quiere lanzar un mensaje de fe y esperanza. La vida y la felicidad todavía son posibles después de la catástrofe y la oscuridad.

Segunda lectura: Filipenses 1,4-6.8-11

Manteneos limpios e irreprochables para el Día de Cristo.

Dirigida a los cristianos de Filipos, un próspero centro helenístico de Macedonia, esta carta destaca por su carácter familiar y confidencial. Al igual que había ocurrido en las comunidades de Galacia, también a Filipos han llegado unos predicadores judaizantes que interfieren negativamente en la predicación del apóstol. Es probable que la carta fuese escrita hacia el año 56, cuando Pablo se hallaba prisionero en Éfeso. Desde allí les escribe agradeciéndoles la ayuda que le han enviado por medio de Epafrodito.

Nuestro fragmento pertenece a la acción de gracias y súplica con que empieza la carta (1,3-11), cuya nota dominante es la amistad entre el apóstol y sus discípulos-colaboradores (vv. 4-6.8). Según Pablo, la auténtica amistad no se limita al aquí y ahora sino que se prolonga en la eternidad, en «el día de Cristo». Una sola es la vía que nos conduce a distinguir el día de Cristo, es decir, su irrupción en la historia: la caridad (v. 9). La caridad es un instrumento precioso que permite intuir el sentido de la vida y de la historia. Son de notar los vocablos relacionados con el conocimiento en los vv. 9-10 (penetración, sensibilidad, apreciar). Por eso, el deseo del que ama en cristiano es que su amigo sea «limpio e irreprochable» en vista al encuentro final (v. 11).

Evangelio: Lucas 3,1-6

Todos verán la salvación de Dios.

Hoy escuchamos la voz del mayor entre los profetas: Juan el Bautista, hijo de Zacarías. Con su mensaje de conversión, el precursor de Jesús enseñó al pueblo a caminar en esperanza. Imitando el estilo de la Biblia y de los historiadores helenistas, Lucas inicia la misión del Bautista encuadrándola en la historia del mundo pagano y en la de su pueblo. No solamente la sitúa en el año quince del reino de Tiberio, que corresponde aproximadamente al 27/28 de nuestra era sino que además enumera las autoridades civiles y religiosas en Judea, Galilea y pueblos vecinos. Queda claro, pues, su voluntad de presentar el Evangelio como un hecho histórico.

Inspirándose en el relato de la vocación de Jeremías, Lucas narra la vocación y misión de Juan el Bautista: «vino la Palabra de Dios sobre Juan» (v. 2). Después de muchos años de soledad en el desierto Juan recibe una llamada de Dios, y de asceta solitario pasa a ser predicador de multitudes. Su actividad, «predicar un bautismo de conversión», tenía como objetivo principal la conversión, es decir, la transformación radical de toda la persona de mal en bien. El método utilizado era el bautismo o inmersión en el Jordán, signo expresivo y compromiso público de la conversión. Y todo ello orientado al «perdón de los pecados», punto de partida de toda renovación.

Lucas ilustra el estilo de conversión que anuncia el Bautista con una cita del Deutero-Isaías (Is 40,3-5) que se refiere al retorno de los exiliados en Babilonia. A estos se les invita poéticamente a construir a través del desierto que media entre Babilonia y Palestina un camino llano, recto y suave para que pueda pasar el Señor al frente de su pueblo liberado. La cita termina con optimismo: «Y todos verán la salvación de Dios» (v. 6).

Domingo 3 de Adviento

Primera lectura: Sofonías 3,14-18a

El Señor se alegrará en ti.

Aunque el libro de Sofonías empieza con una extensa genealogía, algo insólito en los escritos proféticos, sabemos muy poco de este profeta. Lo único que se puede decir con certeza sobre él es que vivió a finales del siglo VII aC en el reino de Judá y que ejerció su ministerio antes de Jeremías, a la vigilia de la gran reforma religiosa del rey Josías (612 aC).

La predicación de Sofonías nace, pues, de una situación muy concreta. No se plantea grandes problemas teológicos sino que más bien intenta resolver los problemas de cada día. Siguiendo las huellas de los profetas del siglo VIII aC, Sofonías denuncia las varias transgresiones contra Dios y contra el prójimo que se cometen en Judá. Ataca la idolatría, el sincretismo, la indiferencia religiosa, las injusticias, el materialismo, los abusos de las autoridades... Todo ello ha creado una situación insostenible y provocará la irrupción del «día del Señor», el día del gran castigo, el día en que la ira del Señor se desatará y hará justicia sobre la tierra (1,15-16).

A pesar de la amenaza que representa la llegada de este día terrible, el amor del Señor por Israel es constante y su juicio, por implacable que sea, está encaminado a la salvación. Así lo vemos en nuestro texto (Sof 3,14-18a), un himno de alegría dirigido a la Hija de Sión (entiéndase la ciudad de Jerusalén) que nos recuerda el canto de María en evangelio de Lucas.

Segunda lectura: Filipenses 4,4-7

El Señor está cerca.

Esta carta es la más personal de todas las que ha escrito el apóstol. La predilección de Pablo por la comunidad de Filipos, que tanto hizo para él a nivel económico y humano, se traduce en expresiones de afecto y agradecimiento muy personales. Aunque no se puede considerar un tratado teológico, la carta a los Filipenses enseña muchas cosas sobre Dios y su manera de relacionarse con nosotros, sobre Jesucristo y sobre los cristianos, y sobre como debería ser nuestro comportamiento en el mundo.

Después de poner en guardia a los filipenses contra unos predicadores de origen judío que quieren imponer la observancia de la Ley mosaica a los paganos convertidos (3,2-4,1), Pablo vuelve a dar consejos prácticos, como lo hiciera en los dos primeros capítulos, y exhorta a todos los filipenses a vivir en la unidad, la paz y la alegría del Señor. Les da gracias

por sus ayudas recibidas y termina la carta saludando a todos los fieles de la comunidad (4,2-23). La misma alegría y esperanza que ha mostrado el profeta Sofonías afloran en el fragmento que nos propone la segunda lectura (4,4-7). Todas las angustias pueden serenarse en un clima de oración y súplica confiada al Señor, que es fuente de alegría y de paz.

Evangelio: Lucas 3,10-18

¿Qué hemos de hacer?

El evangelio del domingo pasado presentaba la figura y la misión de Juan el Bautista. Hoy se centra en el contenido de su predicación. Nuestro texto (Lc 3,10-18) presupone el párrafo anterior (3,7-9), omitido por el leccionario. Allí el Precursor expone al pueblo la alegoría del árbol que, o da fruto, o lo cortan y echan al fuego. En consecuencia les urge a «hacer» o dar frutos de auténtica conversión. Lucas pone en boca del Bautista tres ejemplos de frutos de conversión y lo hace por medio de un diálogo con diversos sectores de su auditorio. Todos le preguntan lo mismo: «¿Qué debemos hacer?», pregunta que según algunos formaba parte del rito bautismal de la Iglesia primitiva. Nótese que el verbo «hacer» es la palabra clave de este diálogo, con el que se pone en evidencia la importancia de las obras por encima de los sentimientos y teorías.

La respuesta del Bautista al pueblo en general es: compartir los bienes. Que nadie esté sin abrigo, mientras haya quien tiene dos abrigos. Que nadie pase hambre mientras haya uno a quien le sobra el pan. A los publicanos, considerados colaboracionistas e indignos del pueblo, el Precursor les exige cumplir con rectitud su deber profesional. También preguntaron unos militares, gente armada encargada de defender la aplicación de las leyes. La respuesta que recibieron: cumplir con el deber sin dejarse llevar por la violencia y la extorsión. En otras palabras, ser honrados en su profesión.

En la cumbre de su popularidad, muchos creían que Juan era el Mesías (3,15). Para sacarles de dudas, se declara indigno de servir al único y auténtico Salvador que está a punto de llegar y les anuncia que Él les bautizará no con agua sino «con Espíritu Santo y fuego». Esto indica que el bautismo de Jesús superará el rito de purificación practicado por el Bautista y en el lenguaje de Lucas se refiere a Pentecostés. Mediante la alegoría del labrador que avienta la cosecha, también les anuncia que el Mesías que ha de venir llevará a término el anunciado juicio escatológico. Al final, en el v. 18, Lucas resume la actividad de Juan con el verbo «evangelizaba», es decir, anunciaba al pueblo la buena noticia.

Domingo 4 de Adviento

Primera lectura: Miqueas 5,1-4a

De ti saldrá el jefe de Israel.

Miqueas es el último profeta del siglo VIII aC. Su momento histórico coincide en gran parte con el de Isaías. El título del libro coloca su actividad durante los reinos de Yotám, Acáz y Ezequías, es decir entre los años 740 y 687 aC. La degradación social hacía mella no solo en el reino del Norte sino también en Judá, donde la corrupción imperaba por doquier. Miqueas increpará con fuerza a todos y cada uno de los estamentos sociales del país: jueces, gobernantes, sacerdotes y profetas. No se limitará a denunciar sus crímenes sino que pondrá al descubierto el mecanismo que rige su comportamiento.

A pesar del tono sombrío del mensaje, se vislumbra en el libro una puerta abierta a la esperanza. El castigo puede transformarse en llamada a la conversión (Mi 7,8-20) y al lado de los terribles desórdenes sociales despuntan, aquí y allá, signos de un futuro mejor, de una paz universal: Jerusalén, centro de las naciones y lugar de encuentro de los pueblos con Dios y su palabra (4,1-8), el pequeño resto entre las naciones (5,6-7) y, por supuesto, la venida del rey mesiánico, descendiente de David (5,1-5).

Mi 5,1-5, utilizado por el evangelista Mateo en los relatos del nacimiento de Jesús, es sin duda, el pasaje más conocido de Miqueas. El profeta anuncia la venida de un rey mesiánico en la humilde Belén (v. 1), patria de David. Por el momento, sin embargo, es necesario un periodo de purificación (v. 2), durante el cual Israel será sometido a las potencias extranjeras. Este tiempo intermedio terminará con el nacimiento del nuevo rey que gobernará (pastoreará) con firmeza a su pueblo (rebaño) y actuará en el nombre del Señor su Dios (v. 3). Por eso, él mismo será la paz (v. 4).

Segunda lectura: Hebreos 10,5-10

Aquí estoy para hacer tu voluntad.

La carta a los Hebreos no es, a diferencia de lo que su título indica, una carta sino un discurso, una magnífica homilía compuesta para ser pronunciada en una asamblea cristiana. De autor desconocido, probablemente fue escrita no después del 65-66 dC, cuando el templo y el servicio litúrgico todavía estaban en función.

Esta homilía hace lo que se podría llamar una «lectura litúrgica» de la persona y de la obra redentora de Jesús con referencia a la liturgia que se

celebra en el templo el día de la expiación o *Yom Kippur* (cf. Lv 16). Nuestro fragmento pertenece a la parte central del discurso (Heb 5,11–10,39) y más exactamente a la tercera sección de la misma (10,1-18), donde el autor desarrolla el tema «Cristo, causa de salvación eterna» (cf. 5,9).

Después de criticar la ineficacia de la ley antigua basada en un culto sacrificial repetitivo (10,1-4), el autor demuestra la superioridad del sacrificio de Cristo por medio de una lectura cristiana de Sal 37,7-9 según la traducción griega de los Setenta (LXX o Septuaginta). El mensaje del salmo corresponde a las palabras que Samuel dirige a Saúl en 1 Samuel 15,22: «la obediencia vale más que el sacrificio», pero todavía es más fuerte porque establece una oposición entre todos los tipos de sacrificios y la voluntad de Dios. La ley solo ha sido conforme a la voluntad de Dios hasta la venida de Cristo al mundo. A partir de este momento todo cambia, pues «Cristo anula el primer sacrificio y establece el segundo». En otras palabras, los sacrificios y ofrendas de la antigua alianza son substituidos por el sacrificio de Cristo que se ofrece a sí mismo, su propio cuerpo, su propia existencia, su misma vida.

Evangelio: Lucas 1,39-45

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

Situados en el marco del «Evangelio de la Infancia» de Lucas, hoy contemplamos a María subiendo a la montaña y saludando a su prima Isabel en una escena que se conoce como la «Visitación». El encuentro de las dos madres (María e Isabel) es mediación de encuentro de los dos hijos (Jesús y Juan el Bautista). Vamos a fijarnos en la acción de María y en las palabras de Isabel.

El camino que emprendió María supone tres o cuatro jornadas. Según el texto, la joven de Nazaret hizo ese recorrido «aprisa». Ahora bien, ese adverbio hay que entenderlo figurativamente y mejor sería traducirlo «con diligencia», porque lo que en realidad expresa no es el movimiento físico sino una actitud interior. Al llegar donde su prima, María la saludó. En Israel, saludar es dar la paz y la paz (*shalom*, en hebreo) es la síntesis de todos los bienes que trae el Mesías.

Las palabras de Isabel expresan su alegría en forma de bendición, elogio y bienaventuranza. «¡Bendita tú entre las mujeres...!» es un superlativo hebraizante. El motivo de la bendición es su maternidad: «el fruto de tu vientre». El elogio expresa su actitud humilde. Al igual que Juan se reconocerá inferior a Jesús, la anciana Isabel se declara inferior a la joven María porque es «la madre de mi Señor». «¡Dichosa tú que has creído!» es la bienaventuranza de la fe, de la entrega total e incondicional a Dios. Se la repetirán a María todas las generaciones.

NAVIDAD

Navidad (misa de medianoche)

Primera lectura: Isaías 9,1-3.5-6

Un hijo se nos ha dado.

La primera parte del libro de Isaías (Is 1–39) se suele atribuir a Isaías, profeta que vivió en el siglo VIII aC y que desarrolló su larga actividad profética (unos 40 años) bajo los reinados de Ozías, Jotán, Ajaz y Ezequías. Su amplia cultura, la calidad de su poesía y el dominio de la situación internacional de su época demuestran su pertenencia a la clase alta de la sociedad. Siendo todavía joven, recibió la llamada del Señor, experiencia que lo abrió a un mundo nuevo.

Nuestra lectura pertenece a Is 7,1–12,6, cuyo elemento unificador es el anuncio del nacimiento de un niño que se llama Enmanuel («Dios entre nosotros»). Por eso, a este conjunto de oráculos se le conoce como «El libro del Enmanuel». El contexto histórico de estos oráculos es la guerra siro-efraimita. Cansadas del tributo que tenían que pagar a Asiria, Siria e Israel deciden rebelarse y piden ayuda a Judá, pero el rey Ajaz, haciendo oídos sordos a los consejos de Isaías, responde con una negativa. Prefiere someterse a Asiria pagando el correspondiente tributo que unirse a los aliados. Otros oráculos reflejan la invasión de Senaquerib, unas décadas más tarde. En resumen, se trata de una sección donde alternan las amenazas de invasión y los anuncios de liberación.

Is 9,1-6 es un poema mesiánico donde todo es luz y alegría. La luz anula las tinieblas del pasado, símbolo de la nada y la muerte, iniciando así una nueva creación. La alegría que esta luz produce es ilustrada con dos imágenes: la siega y la victoria militar. Tres razones justifican la alegría del mundo. La primera es la liberación de la opresión: el yugo, la vara y el bastón, símbolos de la esclavitud, son destruidos. La segunda es la paz, descrita como un fuego devorador que consume el calzado y los uniformes militares ensangrentados por la guerra. Pero el clímax de la alegría es «el niño que nos ha nacido, el hijo que se nos ha dado» (el Enmanuel) y que es entronizado solemnemente como el nuevo soberano. Los cuatro títulos que recibe revelan el misterio de gloria y salvación que se esconde en este recién nacido.

Segunda lectura: Tito 2,11-14

Ha aparecido la gracia de Dios para todos los hombres.

Junto con 1 y 2 Timoteo, la carta a Tito es una de las llamadas «cartas pastorales», porque están dirigidas a eximios pastores de la primera Iglesia (Timoteo y Tito) y porque contienen normas pastorales encaminadas

al buen funcionamiento de la comunidad cristiana. De origen pagano, Tito fue uno de los más cercanos colaboradores de Pablo, siendo su misión más destacada la que realizó en la comunidad de Corinto.

Nuestro breve fragmento (Tit 2,11-14) presenta a Jesús como fundamento de la vida cristiana. La «gracia» es el amor gratuito y misericordioso de Dios, manifestado en Jesucristo, que nos enseña a superar las tendencias perversas, «los deseos mundanos», para vivir según su enseñanza y su ejemplo.

Evangelio: Lucas 2,1-14

Hoy os ha nacido un Salvador.

A continuación del nacimiento de Juan el Bautista, Lucas narra el nacimiento de Jesús (2,1-20). El relato se puede dividir en tres partes: nacimiento del niño (vv. 1-7), anunciación a los pastores (vv. 8-14) y adoración de los pastores (vv. 15-20).

El relato lucano se abre con un horizonte muy amplio, pues César Augusto ordena hacer un censo de todos los habitantes del imperio («del mundo entero»). Del mundo entero se pasa a Siria, donde gobierna Quirino. Luego a Galilea, a Judea y finalmente la mirada del narrador se fija en la ciudad de David, llamada Belén («la casa del pan»). Así que Belén es el punto de llegada de toda la página. En Belén encontramos a María, esposa de José, que está encinta. Y en Belén ocurre algo excepcional y al mismo tiempo del todo natural. Llegado el momento del parto, María da a luz a su hijo primogénito, lo envuelve en pañales y lo acuesta en un pesebre. Una imagen que alude al cuerpo de Jesús que José de Arimatea bajó de la cruz, envolvió en lienzos y colocó en un sepulcro excavado en la roca (23,52-53).

En el v. 8 entran en escena los pastores de Belén. Al recibir el anuncio de la «buena noticia», de la «gran alegría», corren hacia Belén convirtiéndose así el símbolo de los primeros fieles que testimonian la llegada de Dios en la historia de la humanidad: «Hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor». Con estos tres títulos, Lucas resume el kérigma esencial de toda la predicación apostólica en los Hechos de los Apóstoles. Es el mensaje que han recibido los pastores, y el mensaje que deben comunicar. Ellos han creído antes de ver y por eso mientras caminan «de prisa» hacia Belén no hacen sino verificar lo que ya han conocido con los ojos de la fe.

La actitud de María que «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (v. 19) es la actitud del fiel frente la revelación de las grandes obras de Dios. En este sentido, Lucas presenta a María como modelo de fe.

Navidad (misa del día)

Primera lectura: Isaías 52,7-10

Los confines de la tierra verán la victoria de nuestro Dios.

La primera lectura está sacada del «Libro de la Consolación» (Is 40–55), obra del Deutero o Segundo Isaías, profeta anónimo del exilio. Nuestro fragmento es un himno o una invitación al canto que funciona como conclusión de Is 51,9–52,12, una unidad poética compuesta de tres oráculos de salvación: 51,9-16 («¡Despierta, Señor!»), 51,17-23 («¡Despierta, Jerusalén!») y 52,1-6 («¡Despierta, Sión!»). El contenido es una síntesis del mensaje del profeta que culmina en el siguiente anuncio de salvación: la salida inminente de los exiliados de Babilonia.

Is 52,7-10 es un canto de júbilo porque el Señor reina, regresa a Sión y rescata a Jerusalén, sumida en la miseria, devastada por los desastres de la guerra. Esta es la gran buena nueva (evangelio) que anuncia el mensajero de la paz. El texto, de una gran belleza poética y literaria, transmite y contagia alegría exultante. Todos corren, se mueven, se agitan, alzan sus voces porque viene el Señor a liberar a su pueblo. El mensajero veloz anuncia la paz, y los centinelas junto con las ruinas de Jerusalén cantan a coro una misma melodía. La consolación del Señor llega y la vida renace para todos. La victoria de «nuestro Dios» se hace manifiesta y la contemplan todas las naciones (v. 10).

El canto termina con los vv. 11-12 (el leccionario los omite) donde resuena el motivo del nuevo éxodo. Si en el pasado los israelitas salieron de Egipto y atravesaron el desierto para llegar a la tierra prometida, ahora los exiliados salen de Babilonia e inician un largo viaje de regreso a la patria. La historia se repite.

Segunda lectura: Hebreos 1,1-6

Dios nos ha hablado por su Hijo.

La carta a los Hebreos desconcierta porque no se presenta como una carta. Le faltan las fórmulas iniciales habituales como el remitente, los destinatarios, los saludos. Parece más bien una larga homilía o un discurso exhortativo con una conclusión litúrgica. De hecho, el fragmento que hoy leemos, el prólogo (Heb 1,1-6), confirma lo dicho.

Amplio y solemne, el prólogo atestigua que este escrito no pertenece al género epistolar sino al parenético o exhortativo. Se podría definir como

una «palabra de exhortación» (Heb 13,22) probablemente dirigida a los cristianos provenientes del judaísmo afligidos por una grave crisis comunitaria.

Después de mencionar la revelación del Antiguo Testamento, el autor presenta al único protagonista del Nuevo Testamento, el Hijo de Dios. Él es la palabra del Padre que está al origen de todo cuanto existe e interviene de forma privilegiada en la salvación del mundo a través de una mediación de carácter sacerdotal.

Evangelio: Juan 1,1-18

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.

El cuarto evangelio comienza con un himno sobre el Verbo/la Palabra (en griego, *logos*) al que nos solemos referir como «el prólogo» (Jn 1,1-18). El Prólogo es un himno cristológico independiente que fue incorporado al evangelio. Esto resulta evidente si prestamos atención a su vocabulario. Palabras clave de este himno, como *logos* («palabra»), *kharis* («gracia») y *pleros* («plenitud»), no vuelven a aparecer en ningún otro pasaje del evangelio. Lo mismo vale para la idea del v. 14: la Palabra que establece su tienda en medio de nosotros. Con todo, el Prólogo es la clave de lectura que ilumina el resto del evangelio y nos permite captar su significado más profundo.

Este himno es un caso singular, y esto por dos motivos: primero, porque su autor utiliza el concepto de *logos* para identificar a Jesús con Dios; segundo, porque este *logos* presenta muchas afinidades con la *sophia* de algunos textos del Antiguo Testamento, en especial Proverbios 8 y Eclesiástico 24.

En síntesis, el Prólogo es un poema doctrinal sobre la venida al mundo de Jesucristo, Hijo de Dios y revelación del Padre. Puede dividirse en cuatro partes. En la primera (Jn 1,1-3) destaca el aspecto cosmológico: siendo Hijo y Palabra de Dios, Cristo es para la humanidad resplandor visible y comunicación de la Verdad que se identifica con Dios. Utilizando una alegoría bíblica, Cristo es la Luz de la humanidad. La segunda parte (Jn 1,6-8) es en realidad un paréntesis en la composición, pues está dedicada a la figura de Juan el Bautista presentado como «testigo de la Luz». En la tercera parte (Jn 1,9-13) el autor narra la venida de la Luz al mundo y la acogida o rechazo que recibe por parte de los humanos. La cuarta y última parte (Jn 1,14-18) versa sobre la economía de la salvación. El v. 14 constituye el clímax de la entera composición: «Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros...». Significa que la Palabra no solamente entra en el mundo sino que entra a formar parte de la raza humana. En otras palabras, la encarnación del Verbo.

La Sagrada Familia

Primera lectura: 1 Samuel 1,20-22.24-28

Lo cedo al Señor de por vida, para que sea suyo.

Dentro de la historia de Samuel (1 Sam 1–7), los cap. 1–3 del homónimo libro narran el nacimiento, la consagración a Dios y la vocación de Samuel. Último de los jueces de Israel (en sustitución de Elí, cf. 4,18; 7,15-17) y gran profeta del siglo IX aC, Samuel vivió un acontecimiento decisivo en la historia de su pueblo. Nos referimos a la instauración de la monarquía en Israel. En cuanto profeta, su misión es la de recordar al rey que toda la vida del pueblo elegido y todas sus instituciones, incluida la monarquía, se hallan regidas y presididas por la palabra y la mano de Dios.

Después de muchos sufrimientos, lágrimas y plegarias a causa de su esterilidad, Ana, una de las dos esposas de Elkaná, concibió y dio a luz un hijo al que puso por nombre Samuel (en hebreo, «su nombre es Dios»). En señal de agradecimiento por el don recibido, siendo el niño todavía pequeño, Ana lo consagró al Señor en el santuario de Silo, cumpliendo así la promesa que había hecho durante su prolongada oración en el santuario: «Señor todopoderoso, si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí, si no olvidas a tu sierva y le das un hijo varón, yo lo consagraré al Señor por todos los días de su vida y la navaja no pasará por su cabeza» (1,11).

La escena nos recuerda otros nacimientos, también de madres estériles, cuyos hijos son elegidos por el Señor para cumplir una función importante en la historia de Israel (cf. el de Isaac en Gn 21,1-4; el de Esaú y Jacob en Gn 25,21; el de Sansón en Jue 13,2ss).

Segunda lectura: 1 Juan 3,1-2.21-24

El Padre nos llama hijos de Dios, y lo somos.

La segunda parte de la primera carta de Juan (2,28–4,6), de carácter claramente exhortativo, tiene por tema la experiencia de filiación divina y sus consecuencias prácticas. Si en la primera parte se invitaba a los cristianos a caminar en la luz, ahora se les invita a caminar como hijos de Dios. El primer fragmento (3,1-2) empieza con una exclamación de admiración ante el hecho de ser hijos de Dios (el Padre), de haber sido generados por él (2,29). El amor de Dios es el origen y fundamento de la filiación de los creyentes, y fuente inagotable de su esperanza. El objetivo último de la esperanza es ver a Dios, es decir, participar de la vida divina en plenitud.

El segundo fragmento (3,21-24) se concentra en la observancia de los mandamientos de Dios, especialmente de «su» mandamiento que consiste en creer en Cristo y amarse recíprocamente. La fe y la caridad son indisociables, puesto que forman parte de un único mandamiento (vv. 21-23). La fórmula «permanece en Dios y Dios en él» (v. 24), estructurada en términos de reciprocidad, expresa la profunda e íntima unión entre Dios y el creyente. La mención del Espíritu sirve de transición a 4,1-6, sobre el discernimiento de los espíritus.

Evangelio: Lucas 2,41-52

Los padres de Jesús lo encuentran en medio de los doctores.

El evangelio nos invita a contemplar un episodio de la vida familiar de Jesús que tradicionalmente se conoce como «Jesús perdido y hallado en el templo» o «Jesús entre los doctores el templo». Único recuerdo explícito de su adolescencia, ese episodio es preludio de su ministerio público y también de su vida gloriosa, puesto que el ideal y destino de Jesús siempre fue «estar con el Padre». Lucas funde admirablemente narración y teología, pues cada uno de los hechos narrados encierra un profundo significado teológico.

La familia de Jesús era una familia religiosa en perfecta sintonía con las situaciones, leyes y costumbres de su tierra. Prueba de ello es su peregrinación anual a Jerusalén por la fiesta de Pascua. La Ley ordenaba esta peregrinación en las tres fiestas más importantes del año: la Pascua, la fiesta de las Semanas o Pentecostés y la fiesta de las Cabañas (cf. Ex 23,17; Dt 16,16-17). Aunque solo era vinculante para los israelitas que vivían en lugares que distaban de Jerusalén no más de una jornada de camino, el flujo de peregrinos provenientes de todas partes era muy elevado, sobre todo en la fiesta de Pascua. Parece que los padres de Jesús solo iban a Jerusalén en esta ocasión (v. 41).

Jesús tenía doce años y a esa edad el joven israelita era considerado plenamente responsable ante la Ley de Dios, una ley que desde pequeño había aprendido a amar y observar con devoción. Sube al templo con sus padres pero una vez terminada la fiesta decide, sin advertirlos, quedarse en el recinto sagrado. En el lenguaje de Lucas, el templo no designa un edificio material sino el signo y el ámbito de la presencia de Dios. Con su inesperada respuesta «Tengo que estar en la Casa de mi Padre» (v. 49), Jesús revela la conciencia de su filiación divina. Es el Hijo de Dios y la Casa del Padre es, por tanto, su hogar. Su vocación pasa por encima de sus vínculos familiares. Regresan a Nazaret y Jesús continúa bajo la obediencia de sus padres, creciendo en la fe y en todos los valores (vv. 51-52).

Santa María, Madre de Dios

Primera lectura: Números 6,22-27

Invocarán mi nombre sobre los israelitas y los bendeciré.

La primera lectura se sitúa en la primera parte del libro de los Números (Nm 1,1-10,10), toda ella ambientada en el Sinaí. Después del censo y la descripción de las tribus de Israel, el autor se concentra en la tribu de Leví que se convierte en el tema central del relato. A ella y a las instituciones culturales está dedicada esta primera parte.

Nuestro fragmento funciona como conclusión de una serie de prescripciones rituales (expulsión de los impuros, restitución, ley de los celos y nazireato) que se encuentran en 5,1-6,27. Desde el punto de vista literario, es uno de los textos más sugerentes y elegantes de todo el Pentateuco en el que afloran dos temas relacionados con la fiesta de hoy: la jornada mundial de la paz y el comienzo del año civil. Nm 6,22-27 transmite una antigua fórmula de bendición que el Señor enseñó a Moisés para que la utilizaran Aarón y sus hijos para bendecir a los israelitas (vv. 22-23). La bendición la imparten los sacerdotes, pero es el Señor quien bendice. Va dirigida a todo el pueblo, pero está formulada en segunda persona singular: «El Señor te bendiga y te proteja...», porque la bendición se da a cada persona individualmente. La triple repetición del nombre divino al principio de los vv. 24, 25 y 26 quiere enfatizar la estrecha relación entre Dios y la persona que recibe la bendición.

Segunda lectura: Gálatas 4,4-7

Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer.

Una de las cartas más directas, personales y apasionadas de Pablo, es la que el apóstol escribió a los Gálatas, una población de origen celta que se había establecido en la actual Turquía algunos siglos antes de Cristo. Por esa región pasó Pablo en su segundo viaje misionero y allí tuvo que detenerse a causa de una enfermedad. Su predicación tuvo éxito y muchos fueron los que aceptaron la fe en Jesús. De hecho, en la carta se mencionan varias comunidades cristianas: «las iglesias de Galacia». Pablo tuvo que escribirles esta carta para intentar solucionar la crisis provocada por algunos predicadores de origen judío. Convencidos de que para salvarse había que vivir según la ley de Moisés porque la fe en Cristo no era suficiente, persuadieron con sus discursos a muchos cristianos.

En nuestro texto (Gal 4,4-7), Pablo quiere resaltar que Jesús es miembro de un pueblo y que participa íntimamente en una comunidad humana. Para ello traza una biografía esencial del Maestro señalando el hecho de que Jesús «nació de una mujer» y «bajo la Ley» (v. 4), y estuvo vinculado a una estructura humana y religiosa. Por ese motivo, la sociedad y la ley ya no son instrumentos de opresión sino que pueden convertirse en realidades «rescatadas» por Dios. El hombre que entonces nacerá no será simplemente un ser humano miembro de la familia humana y miembro de un pueblo sino «hijo adoptivo» (v. 5) de Dios, miembro de la familia de los santos y del pueblo de Dios (vv. 6-7).

Evangelio: Lucas 2,16-21

María meditaba todas estas cosas en su corazón.

La página evangélica recoge la última parte del relato del «nacimiento de Jesús», es decir, Lc 2,16-21. En estos versículos el narrador nos informa sobre los acontecimientos sucesivos a la anunciación del ángel a los pastores. Sabemos que estos fueron de prisa a Belén, encontraron al niño y a sus padres, explicaron todo lo que el ángel les había dicho ante el asombro de todos y regresaron a su mundo dando gloria y alabanza a Dios por haber sido testigos directos de la buena nueva (vv. 16-18 y 20).

El v. 19, en cambio, está completamente dedicado a María, más exactamente a su actitud ante todo lo que últimamente le ha sucedido. Lucas la resume con estas dos frases: «María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón». ¿A qué se refiere el evangelista con la expresión «todas estas cosas»? Probablemente a la experiencia que María ha vivido a partir de la anunciación del ángel y más concretamente del nacimiento de su hijo, el Hijo de Dios. El verbo meditar es traducción del griego *symballein*, un verbo que indica el gesto de echar varias cosas juntas en un mismo lugar (técnicamente significa interpretar, hacer exégesis). Meditando todas estas experiencias en su corazón, María continúa la tradición de los sabios de Israel que interpelaban la historia pasada para interpretar el momento presente. Precisamente esta confrontación hace emerger el verdadero significado de los acontecimientos. Aún sin estudios, María recuerda y profundiza en las Escrituras, las interpreta y actualiza constantemente intentando descubrir, no sin sufrimiento, un enigma: el enigma permanente de Jesús.

Para el semita el nombre es la realidad misma de la persona que lo lleva. En hebreo, Jesús significa «Dios salva» (v. 21).

Domingo 2 después de Navidad

Primera lectura: Eclesiástico 24,1-4.12-16

La sabiduría habita en medio del pueblo elegido.

El capítulo 24 contiene el «Elogio de la Sabiduría», el poema más célebre del libro del Eclesiástico (o Sirácida) dedicado a la Sabiduría. Inspirándose en Proverbios 8 y en línea con los otros poemas del libro donde aparece la sabiduría personificada (1,1-10; 4,11-19; 6,18-37; 14,20-15,10), Ben Sira pone en boca de la protagonista un largo discurso en el que narra sus excelencias ante los seres humanos (24,1-31). Nuestro fragmento recoge solamente algunos versículos de esta composición de profundo contenido teológico.

Como la palabra creadora de Dios en Génesis 1, la Sabiduría sale de la boca del Altísimo e inicia un largo viaje por el mundo: recorre el cielo, el abismo, el mar, la tierra, ejercitando su dominio sobre la creación entera. El viaje de la Sabiduría tiene un objetivo muy concreto: busca una morada donde descansar y una heredad donde establecerse. Ella pone todo su esfuerzo en esta búsqueda, pero la decisión la toma su Creador: «Habita en Jacob, sea Israel tu heredad» (v. 13). Finalizado el viaje, la Sabiduría se remonta a los orígenes del tiempo y se proyecta hacia un futuro sin límites, siguiendo un movimiento «centrífugo»: de la santa morada (el templo), también llamada Sión, pasa a la ciudad escogida (Jerusalén) y de allí al pueblo glorioso, porción/heredad del Señor (Israel). Todo el territorio de Israel queda iluminado con su presencia.

Segunda lectura: Efesios 1,3-6.15-18

Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos.

La lectura de la carta a los Efesios une dos fragmentos distintos. El primero (vv. 3-6) forma parte del himno de alabanza que introduce la carta (vv. 3-14), mientras el segundo (vv. 15-18) pertenece a la perícope sucesiva que trata sobre la supremacía de Cristo (vv. 15-23).

En el primer fragmento se bendice a Dios por lo que ha hecho y hace por nosotros por medio de su hijo amado: nos ha elegido, predestinado y llamado a ser cristianos. La elección y predestinación no excluyen a nadie, pues se refieren a todas las personas que acogen con fe a Jesucristo.

En el segundo fragmento, Pablo a su vez da gracias a Dios por la fe de los destinatarios de la carta, los cristianos de Éfeso, y ruega les conceda

la sabiduría de la fe, aquella que les permitirá ahondar en el conocimiento de Dios y la dimensión del Espíritu.

Evangelio: Juan 1,1-18

La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.

El Prólogo (Jn 1,1-18) es un antiguo himno cristológico independiente que fue incorporado al cuarto evangelio. Esto resulta evidente si prestamos atención a su vocabulario. Términos clave del Prólogo, como «palabra» (en griego, *logos*), «gracia» (*kharis*) y «plenitud» (*pleros*), no vuelven a aparecer en ningún otro pasaje del evangelio. Lo mismo hay que decir de la idea del v. 14: la palabra que establece su tienda en medio de nosotros. Con todo, el Prólogo es la clave de lectura que ilumina el resto del evangelio y nos permite captar su significado más profundo. Se puede dividir en cuatro estrofas: a) vv. 1-5 (acción creadora del *logos*); b) vv. 6-8 (testimonio de Juan el Bautista); c) vv. 9-13 (venida del *logos* al mundo); d) vv. 14-18 (economía de la salvación; el v. 15 es un inciso sobre la misión del Bautista).

Este himno es un caso singular, y esto por dos motivos: primero, porque su autor utiliza el concepto de *logos* (un sustantivo masculino) para identificar a Jesús con Dios; segundo, porque este *logos* presenta muchas afinidades con la *sophia* (sustantivo femenino) de algunos textos del Antiguo Testamento, en especial Proverbios 8 y Eclesiástico 24.

El *logos* existía con Dios desde el principio (Pr 8,22.30; Sir 1,4; 24,9; Sb 9,4), era agente activo en la creación (Pr 3,19; 8,30; Sb 8,6; 9,1-2), era reflejo de la luz de Dios que las tinieblas no podían vencer (Sir 24,32; Sb 6,12; 7,10.26; Ba 4,2), descendió del cielo para morar entre la gente (Sir 24,8; Ba 3,38; Sb 7,27), fue rechazado por algunos (Ba 3,31), pero concedió el don de la vida a aquellos que lo recibieron (Pr 8,35; Sb 6,18-19; 8,17). Queda claro que el autor describe al *logos* por medio de rasgos sapienciales y le atribuye funciones propias de la sabiduría. Es de notar, además, que el movimiento literario y teológico del Prólogo es muy parecido al de Eclesiástico 24 (primera lectura); en ambos casos se trata de un movimiento descendente (el *logos* y la sabiduría al principio están con Dios en el cielo y luego bajan a la tierra); el v. 14 («acampó entre nosotros») es una clara alusión a Eclesiástico 24,13 («habita/acampa en Jacob»). Así pues, el autor del Prólogo utiliza el término abstracto *logos* en lugar del nombre propio Jesús, pero lo que en realidad nos presenta es la historia de Jesús detrás de la cual se perfila la historia de la Sabiduría personificada.

Epifanía del Señor

Primera lectura: Isaías 60,1-6

La gloria del Señor amanece sobre ti.

La primera lectura pertenece al Trito Isaías. Con este nombre convencional se designa al profeta anónimo, autor de Isaías 56–66, que ejerció su ministerio en el post-exilio. El ambiente que trasluce en estos capítulos no es el de la deportación a Babilonia sino el de la comunidad de Judá (en este periodo conocida como Yehud), una comunidad dividida y defraudada que afronta la difícil tarea de la reconstrucción bajo el dominio persa. En aquella época el imperio de Ciro se extendía desde Egipto hasta el noroeste de la India.

A partir del capítulo 60 el mensaje del Trito-Isaías da un vuelco impresionante. Si antes abundaban los oráculos de juicio y anuncio de castigo, ahora son las promesas de salvación las que dan el tono de sus intervenciones. En Is 60–62 Jerusalén se convierte en la imagen predilecta de la esperanzada y patente intervención de Dios.

Nuestro fragmento pertenece a Is 60,1-9, un oráculo de salvación que podría llevar por título «Jerusalén, luz de las naciones» o «La gloria de la nueva Jerusalén». La ciudad santa acaba de salir de su humillación, pero la restauración completa aún está por llegar. El oráculo comunica una visión de universalismo y de unidad entre todos los pueblos que caminan hacia Jerusalén trayendo preciosos regalos para el culto (cf. Is 2,1-5). El profeta ve una caravana que avanza hacia la ciudad santa en dos grupos: los israelitas que vuelven del exilio en Babilonia (v. 4) y las naciones extranjeras atraídas por la luz y la gloria de Dios que iluminan el monte Sión (vv. 6-9). El tiempo del lamento se ha terminado, ahora reinan la alegría y la esperanza.

Segunda lectura: Efesios 3,2-3a.5-6

Ahora ha sido revelado que también los gentiles son coherederos.

La carta a los Efesios, una de las más hermosas y profundas del epistolario paulino, no parece una carta destinada a una comunidad concreta sino más bien una circular o «encíclica» destinada a varias comunidades representadas en la de Éfeso. Es el único escrito de Pablo que se dirige a la Iglesia de Jesucristo, concebida como una única realidad, constituida por todas las iglesias particulares, a las cuales el apóstol se había dirigido en las otras cartas. Todas las iglesias forman la única Iglesia, cuerpo de Cristo, de la cual Cristo es la cabeza y el esposo.

Se pueden distinguir dos partes principales en la epístola: una de carácter doctrinal centrada en la Iglesia como cuerpo de Cristo (Ef 1,3-3,21) y otra exhortativa que saca las consecuencias prácticas para la vida del cristiano no solo como individuo sino también como miembro de una familia (Ef 4,1-6,24).

En nuestro breve fragmento, Pablo menciona «el ministerio de la gracia», expresión que designa la misión específica que Dios le ha confiado (cf. Hch 9,15-16). En otras palabras, ser apóstol del misterio de la salvación (el misterio de Cristo) no solo entre los cristianos sino también entre los gentiles. Pablo gozaba al ver cómo los gentiles buscaban y hallaban la paz en Jesucristo, el Mesías de los judíos.

Evangelio: Mateo 2,1-12

Venimos de Oriente para adorar al Rey.

Con el objetivo de completar la narración precedente, Mateo sitúa el nacimiento de Jesús en el espacio y en el tiempo. De ahí el protagonismo del rey Herodes, el arquetipo del perseguidor. Su despotismo contrasta con la humildad del «rey de los judíos» que acaba de nacer y que el tirano contempla como una amenaza a su persona. Este pasaje resume la teología de Mateo: dos realezas entran en conflicto, una temporal y otra eterna, la de Herodes y la de Jesús. Pese a conocer las Escrituras, las autoridades judías y toda Jerusalén se asombran ante el nacimiento del Mesías y no lo reconocen; unos paganos, en cambio, los magos babilonios, lo buscan, lo encuentran, lo adoran y le ofrecen sus dones, los más costosos de la tierra, que simbolizan la realeza del recién nacido.

Por medio de la estrella (un signo mesiánico en la tradición judía) y la referencia a los textos del Antiguo Testamento (Mi 5,1 en el v. 6), Mateo confirma que Jesús es el Mesías anunciado desde tiempos antiguos. En este contexto aparece María junto al niño en una escena entrañable, donde ninguno de los personajes pronuncia una sola palabra. Es su presencia la que habla, son sus gestos los que comunican, son sus corazones los que sintonizan alrededor del Rey de los judíos que acaba de nacer y de su madre que lo tiene en sus brazos. María se encuentra en casa, símbolo del hogar, de la paz, de la intimidad, de la iglesia que a todos abraza y a nadie excluye. No aparece con José, ni como prometida ni como esposa, ni preocupada por lo que ha sucedido y sus consecuencias. Está con su hijo, madre e hijo unidos por un vínculo tan profundo como indestructible. Anfitriona, reina y señora de la casa donde brilla la estrella, la casa a la que los magos acuden para adorar llenos de alegría.

Bautismo del Señor

Primera lectura: Isaías 40,1-5.9-11

Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres.

Con el cap. 40 empieza la segunda parte del libro de Isaías (Is 40–55), obra de un profeta anónimo (el Segundo Isaías o Deutero-Isaías), de quien se supone haya ejercido su ministerio entre los deportados a Babilonia a finales del exilio. Nos referimos al periodo que va del año 553 aC, cuando el rey Ciro de Persia empieza sus campañas victoriosas, al 539 aC, fecha de la caída de Babilonia. Los capítulos 40–55 se conocen como «El libro de la Consolación», pues en ellos se constata que el Señor, el único que puede consolar (51,12.19), ha consolado ya a su pueblo (49,13; 51,3; 52,9).

Nuestra lectura forma parte de Is 40,1-11, un oráculo que funciona como prólogo o introducción a todo el libro y que anuncia algunos de sus temas principales como, por ejemplo, la consolación, el nuevo éxodo, la eficacia de la palabra divina, la restauración. Por medio de un diálogo, el profeta anuncia que el tiempo de la salvación ha llegado: el Señor da orden de consolar a Jerusalén, de gritarle que su «servicio» (entiéndase su «servicio forzado»; algunos traducen «tribulación») ya ha terminado y que su pecado ya ha sido pagado con creces (vv. 1-2). Un mensajero, parecido al Bautista («una voz»), invita a preparar un camino para el rey celestial que ha decidido reunirse con su pueblo (vv. 3-5). En los vv. 6-8, omitidos por el leccionario, el profeta objeta la debilidad de su gente («el pueblo es como la hierba»), pero al final recibe del Señor la palabra de consolación que debe transmitir a los suyos (v. 9).

El Señor llega como un rey que ha ganado la batalla, con su botín y sus trofeos. Los deportados, aquellos por los que ha luchado, le acompañan. El soberano es celebrado como un pastor que cuida y protege con amor y ternura a su pueblo para que no vuelva a caer en manos de mercenarios (cf. 2Sam 5,2).

Segunda lectura: Tito 2,11-14; 3,4-7

Nos ha salvado con el baño del segundo nacimiento.

La carta a Tito, junto a las dos dirigidas a Timoteo, pertenece a las cartas llamadas «pastorales» y presenta muchas analogías con 1Tim. A Tito, discípulo y colaborador de Pablo en su misión entre los paganos, se le conoce sobre todo por haber llevado a cabo una tarea difícil y delicada: la reconciliación de la comunidad de Corinto con el apóstol (cf. 2Cor 7–8). El

principal interés de la carta no es la difusión del Evangelio sino el cuidado pastoral y la organización de una comunidad, previamente evangelizada, con el nombramiento de los responsables y la lucha contra los falsos maestros.

El primer fragmento de nuestra lectura (2,11-14) constituye el corazón de la carta. Posiblemente se trata de una confesión de fe utilizada en la liturgia bautismal de la Iglesia primitiva. En ella se recogen los principales temas de la fe y la moral cristianas (moderación, justicia, honradez, religiosidad, esperanza). El segundo fragmento (3,4-7) es un hermoso canto al amor salvífico y liberador de Dios por medio de Jesucristo. «El baño del segundo nacimiento» se refiere al Bautismo que regenera a los creyentes a una nueva vida y «justificados» significa justos, conformes al proyecto de Dios que transforma a sus hijos en herederos de su vida y felicidad eternas.

Evangelio: Lucas 3,15-16.21-22

Después del bautismo de Jesús, el cielo se abrió.

Con el bautismo en el Jordán se termina la vida oculta de Jesús y se inaugura su misión evangelizadora. Entre el bautismo de Jesús (3,15-16) y la teofanía que le sigue (3,21-22), Lucas introduce unos versículos sobre Jesús como juez (v. 17) y la reacción de Herodes ante la predicación del Bautista (vv. 18-20), que el leccionario omite.

La primera parte del relato (vv. 15-16) está dominada por la voz del Precursor que, mediante una comparación, precisa la cualidad del bautismo cristiano respecto al rito de purificación que él practicaba. El bautismo de Cristo será «con Espíritu y fuego». Se funden así dos aspectos esenciales del sacramento cristiano simbolizados también por el agua. Fuego que purifica y espíritu que vivifica. El agua, de hecho, no es solo principio de purificación sino también fuente de fecundidad y vida.

En la segunda parte (vv. 21-22), mientras Jesús oraba, es bautizado por Juan. Cabe destacar que la actitud orante de Jesús solo aparece en el relato lucano (Mateo y Marcos no la mencionan). Se trata de una característica de Lucas, para quien Jesús es «el hombre de la oración» sobre todo en los momentos decisivos de su misión. El relato concluye con una visión interpretativa que revela la experiencia interior de Jesús mediante una teofanía: se abren los cielos con la voz divina y desciende el Espíritu Santo. Los cielos se abren como respuesta a la oración de Jesús y proclaman que él es Hijo de Dios: «Tú eres mi hijo, yo hoy te he engendrado» (cf. Sal 2,7). En el leccionario se lee la variante «Tú eres mi hijo, el amado, el predilecto» (cf. Is 42) que parece una armonización con Mt y Mc. La cita del salmo confiere al texto una dimensión mesiánica: manifiesta la filiación divina de Jesús.